



UNIVERSIDAD DE JAÉN

Investidura del  
Excmo. Sr. D. Mario Torelli  
como Doctor "Honoris Causa"

## LAUDATIO

a cargo del  
Dr. D. Arturo Carlos Ruiz Rodríguez  
*Catedrático de Universidad del Área de Prehistoria*

## DISCURSO DE INVESTIDURA

del  
Excmo. Sr. D. Mario Torelli

Jaén, 26 de noviembre de 2013



## DISCURSO DE INVESTIDURA

Excelentísimo y Magnífico Sr. Rector, Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades, Claustro de Doctores, Sras. y Sres.:

Quiero comenzar mi discurso agradeciendo al Rector, Profesor Parras, a mi padrino el Profesor Ruiz y al Departamento de Patrimonio Histórico su propuesta y a toda la comunidad universitaria de Jaén por la distinción que me ha concedido. Es para mí un gran honor recibir en este día, el Doctorado Honoris Causa por la Universidad de Jaén.

Mis orígenes son decididamente burgueses. A los ojos de quien, como yo, soy arqueólogo, y, por lo tanto, acostumbra a deducir los niveles sociales a través de las casas y las inclinaciones políticas de sus dueños, respecto a mi familia daba fe de ello, hasta que la salvaje especulación urbanística de los años setenta del pasado siglo devoró, el palacete de estilo Liberty de mi abuelo con su bonito jardín de jazmines, fechado en 1915, que despuntaba en Nápoles, sobre la alta y fresca colina del Vomero, lugar que fué refugio de la burguesía napolitana de fin de siglo (fin-de-siècle), deseosa de escapar de

las masas y sobre todo del cólera que periódicamente infestaba los barrios del casco antiguo de esta metrópoli precapitalista. Padre napolitano, de profesión funcionario del Estado, y madre ama de casa; toda la formación la hice en escuelas públicas de Roma hasta la universidad, con excepción de los dos primeros años de primaria: no asistí al segundo grado de elemental a causa de la ocupación nazi de Roma en los años 1943-44. De hecho pasé el primer grado entre los bancos de los Padres Escolapios, donde me quiso enviar mi padre, quien, antifascista y anticlerical, prefirió mandarme a una escuela religiosa, antes que ver a su hijo inscrito por las autoridades en los Figli della Lupa (Hijos de la Loba), obligatorio para los alumnos de las escuelas estatales, para descubrir después, de un pequeño dibujo mío, con gran indignación a la vez que rabia, que me había tocado un maestro obviamente sacerdote, y también fascista. En el curso de los estudios en el liceo y durante los dos primeros años de universidad probé infinitas alternativas, como sólo la alocada fogosidad de los jóvenes sabe hacer; desde el cine, una pasión que me llevó a firmar durante un par de años recensiones de estrenos de películas, como vice-crítico del diario socialista "Avanti!"; hasta el estudio durante cuatro años de la lengua china. En la práctica de este idioma, que me apasionaba, tuve algún éxito, gracias a mi *performance* como intérprete de la primera delegación de la China Popular que llegó a Italia en 1957, de forma semiclandestina, en el marco de la breve estación de las "Cien Flores", por la cual recibí una invitación para acudir, con una beca de estudio de tres años, a la Universidad de Beijing.

Este último propósito se esfumó por la imprevista muerte de mi padre en 1957, suceso que me obligó a aceptar un empleo temporal, durante tres largos años, en el Ministerio de la Defensa Aérea. Pero el descubrimiento más importante de aquellos años, junto a las infinitas lecturas de libros con los argumentos más disparatados, ha sido la política, que, después de un periodo inicial en el Partido Socialista Italiano, me llevó a militar casi treinta años en el Partido Comunista Italiano. La experiencia, de vida y de cultura, bebidas de la política fue para mí fundamental y ha ido decayendo lentamente por la progresiva disolución de las izquierdas europeas a fines de los años ochenta, lo cual me ha dejado a mí, como a tantos otros intelectuales de Europa, en un limbo del cual no se sale fácilmente. Para mí, vida política y vida cultural, profesión de arqueólogo e intelectual comprometido, han sido a través de más de tres decenios una sola cosa, siguiendo el modelo que me fue transmitido por Ranuccio Bianchi Bandinelli, riguroso militante del Partido Comunista Italiano, gran Maestro e historiador del arte griego y romano, al que me encontré en la Universidad de Roma el mismo año 1957, un año crucial para mí, como puede verse; por cierto el mismo que Bianchi Bandinelli fue llamado a la Cátedra de Arqueología e Historia del Arte Griego y Romano de la Universidad de Roma, con el voto en contra de todos los arqueólogos de la Facultad de Letras, tradicionalmente de derechas.

Nacido en 1900, Bianchi Bandinelli creció en el clima neoidealista que dominó Italia por más de medio siglo: en

1973, en la vigilia de su muerte, en el prólogo a la tercera edición de su libro más importante de 1942: "La historicidad del arte clásico", con el cual se han formado al menos tres generaciones de arqueólogos italianos, vino a escribir que su adhesión al marxismo fue política y no filosófica. Esta declaración no sólo me sorprendió a mí, sino también a muchos de mis amigos y compañeros, que sabían que Bianchi Bandinelli, además de miembro del Comité Central del Partido Comunista Italiano, había sido Presidente del Instituto Gramsci, creado por el Partido para el estudio y el desarrollo de la filosofía marxista y de la historia del movimiento obrero. Paradójicamente hoy puedo decir que mi situación, como la de cualquier otro intelectual de la Europa meridional, es especularmente inversa a aquella que hace más o menos cuarenta años denunciaba para sí Bianchi Bandinelli: mi adhesión al marxismo se ha quedado en la sustancia de naturaleza filosófica, pero melancólicamente, no políticamente, debido a la ausencia de formaciones políticas serias que se confíen a dicho patrimonio filosófico.

Desde 1957, abandonados los sueños sinológicos y cinematográficos, mi futuro de arqueólogo se perfilaba ante mis ojos como el único posible para quien, como yo, estaba obligado a pasar media jornada en las grises dependencias de un ministerio militar rellenando fichas de pensiones de mariscales. Por fortuna para mí, gracias al conocimiento y al ejemplo de una personalidad como la de Bianchi Bandinelli, este destino se coloreaba de intensas pasiones y de deses-

perados deseos de estudio, sin que me abandonase por ello la ansiedad cultural que había definido mi primera juventud. Elegí graduarme con Massimo Pallottino, el fundador de la moderna etruscología italiana; sin embargo, justo después de graduarme, matriculado en la Escuela Nacional de Arqueología de Roma, tuve otro encuentro que marcó profundamente mi vida como científico. Me refiero a la circunstancia que me llevó a ser discípulo del seminario de epigrafía latina, cuyas sesiones se realizaban en casa del gran epigrafista Attilio Degrassi: todavía ciudadano austriaco, porque era de origen triestino (Trieste formaba parte entonces del Imperio Austro-Húngaro). Degrassi había asistido a la Universidad de Viena donde fue discípulo de uno de los mejores colaboradores de Theodor Mommsen, Eugen Bormann, autor del volumen XI del *Corpus Inscriptionum Latinarum*. La extraordinaria doctrina de Degrassi y su estilo de docente tímido, pero de extraordinaria humanidad, hicieron mella en mis investigaciones: mis primeras publicaciones importantes, dedicadas a epígrafes latinos de cierto interés (había descubierto, entre otros, una inscripción que reveló el nombre de la abuela de Crispina, esposa de Comodo), nacieron en sus seminarios, con la edición de materiales reunidos por mi en Trebula Mutuesca, donde había participado entre 1958 y 1959 en la organización de una excavación con mis amigos de juventud, Adriano La Regina, Filippo Coarelli y Fausto Zevi. Además de enseñarme no sólo las técnicas del estudio de las inscripciones, también aprendí toda una serie de nociones de carácter institucional

y anticuario, que me fueron muy útiles en los años venideros, Attilio Degrassi me aportó la experiencia que me llevó a incorporarme, con aportaciones epigráficas o histórico-artísticas, a un importante y frecuentadísimo seminario, dirigido por Bianchi Bandinelli en el marco de la Escuela Nacional de Arqueología. Aquel seminario, que se ocupaba desde diversos puntos de vista de la *Volkskunst* de libertos y magistrados municipales de la Italia central, me ofreció no sólo la ocasión de finalizar otras publicaciones, en las cuales se combinaban arqueología y epigrafía según una mezcla destinada a retornar muchas veces en mi futura carrera, sino que me permitió tocar con la mano la importancia de una aproximación multidisciplinar a los problemas, en el marco específico de la forma artística y de la «*Soziologie der Kunst*».

Todo hacía presagiar que me había dirigido a una seria carrera de romanista, centrado en la combinación de la experiencia epigráfica con el estudio de las formas artísticas. Pero la inquietud, de la que ya he hablado, y Tyche, que siempre gobierna gran parte del trabajo de los arqueólogos, volvieron a marcar una nueva dirección a mi vida y a mis estudios. La etruscología era la materia de mi tesis de laurea: deseoso, siempre por la fogosidad juvenil (o puede que por presunción igualmente juvenil), de imitar el ejemplo de Bianchi Bandinelli, cuya tesis sobre la ciudad etrusca de Chiusi fue publicada en 1925, y de Pallottino, que en 1939 había publicado su disertación sobre la ciudad etrusca de Tarquinia, pedí hacer mi tesis sobre otra gran ciudad de Etruria: Faleri. Sin embargo,



a diferencia de ellos, mi tesis había conseguido un nivel muy modesto, una mediocridad debida no sólo a mi presuntuosa inexperiencia, sino también a la inaccesibilidad a los materiales del Museo de Villa Giulia, entonces en reestructuración, y al muro que me impusieron la negligencia de poseedores de documentos públicos y de titulares de absurdos derechos exclusivos de publicaciones sobre materiales excavados por otros en los años ochenta y noventa del siglo diecinueve. Con Massimo Pallottino, hombre de gran inteligencia, pero de formación embebida de espiritualismo católico y de nacionalismo, y por tanto, en las antípodas de la mía, las relaciones no se habían desarrollado en una dirección provechosa, con el resultado de que tuve más ocasiones de desencuentro que de encuentro en los años sucesivos. A pesar de lo espinoso de mis relaciones con quien me había dirigido la laurea, en 1963 la tesis sobre Falerii me sirvió al menos para mi carrera, porque se pudo transformar en el argumento de una prueba escrita, que el Tribunal que la juzgó valoró con el máximo de votos: vencí así el concurso para Inspector Arqueólogo en la Superintendencia y obtuve la ansiada sede del Museo de Villa Giulia en Roma.

El 1 de enero de 1964, con veintisiete años no cumplidos, cosa entonces no imposible como lo es hoy, entraba en el espléndido edificio renacentista de Villa Giulia, de donde saldría cinco años después, el 31 de octubre de 1969, para cubrir mi primera cátedra universitaria como profesor agregado de Arqueología e Historia del Arte Griego y Romano, figura aca-

démica, aquélla de profesor agregado, inventada hacia apenas un año antes para responder a la movilización estudiantil y desaparecida, cuatro años después, y sustituida por la de profesor ordinario. Pero vayamos por orden. Mi ingreso en la prestigiosa Superintendencia Etrusca de Roma parecía haber metido el desordenado curso de mis intereses en el corral de la normalidad: y, conservando vivo mi amor por las investigaciones de epigrafía y romanística, gradualmente comencé a ocuparme de sitios y de materiales etruscos, foco de mi profesión, trabajando a menudo en la Etruria romana.

Pronto tuve la prueba de que la mejor aliada del arqueólogo, la diosa Fortuna, se había empeñado en ayudarme a lo grande: en mi primera excavación, efectuada en los años 1964-1968 en el santuario de *Menerva*-Minerva, en Santa Marinella, en la costa del territorio de Cerveteri, apareció, rescatada de las profundidades de un pozo vecino al templo, la cuarta inscripción etrusca más larga conocida, un resto sagrado de plomo, el metal del infierno, según los Antiguos, que recogía el que pudiera considerarse como la oración al oráculo de la diosa. El descubrimiento inició una feliz sucesión de otros dos hallazgos en santuarios, uno dedicado a la propia *Menerva* -Minerva junto a la puerta de Caere en la ciudad de Veio (1966-1967) y otro por el contrario en Stata Mater (1968), también en el territorio de Veio. Casi al final de mi estancia en Villa Giulia, en 1969 se me encargó la excavación de urgencia de la colonia romana de Gravisca, fundada en el 181 a.C. sobre un preexistente asentamiento etrusco,

puerto de la metrópoli de Tarquinia. Aquí, la diosa bendita me concedió una serie de descubrimientos repartidos, bien en el asentamiento romano, bien en el puerto etrusco: en el área de la colonia romana saqué a la luz un tesoro de 186 monedas de oro romanas de Valentiniano II, de Teodosio y de Arcadio, enterrado en el 408 d.C. con motivo del paso de los visigodos de Alarico en su ataque directo contra Roma; mientras que en la otra zona, al extremo de la ciudad etrusca, en la orilla de una gran laguna que funcionaba como puerto, descubrí un amplio santuario fundado en torno al 590 a.C. por mercaderes procedentes de la Grecia del Este, que se mantuvieron en la zona al menos hasta el 480 a.C. para intercambiar productos con los etruscos de la riquísima Tarquinia.

Este último descubrimiento cambió, de nuevo, el curso de mi existencia: los sucesivos hallazgos en los santuarios, en el desarrollo de mi trabajo en la superintendencia, me obligaron a dedicar una atención especial a la religión antigua, en parte explorada con el desarrollo de mis intereses epigráficos, y a la documentación arqueológica de lo sagrado; ahora, sin embargo, la enorme cantidad de materiales cerámicos griegos y la peculiaridad de los mecanismos de intercambio, en los que el santuario actuaba como mediador, a través de todo un elenco de divinidades, desde Afrodita hasta Adonis, de Demeter a Apolo, (cada una con su propio régimen de ofrendas y sus propias fórmulas para el sacrificio), me obligaron a dedicar mis estudios, casi a tiempo completo, al mundo griego y en particular al análisis de los mecanismos y los significados

socio-económicos e ideológicos del sistema de relaciones de intercambio establecidas entre griegos y etruscos. En esencia, la situación me obligó a ocuparme de estructuras sociales y de economía griega, etrusca y romana arcaica, en conjunción con los datos antropológicos, que por entonces comenzaron a formar parte de los ingredientes de la investigación de ámbito prerromano, tanto griego como etrusco.

Bien, otro punto de inflexión (y que giroj) en mi recorrido intelectual, bien es verdad que en una dirección que afortunadamente se fundía con mis inclinaciones político-filosóficas de base marxista, dando sentido nuevo a los presupuestos y al desarrollo de mis investigaciones. Aquéllos años de trabajo en la Soprintendenza fueron decisivos para mi vida científica. La experiencia adquirida como epigrafista y como etruscólogo me condujo a la reinterpretación de algunos documentos epigráficos fundamentales. Primero (1968) fué la dedicación realizada en el 265 a.C. en el santuario triunfal de S. Omobono en el Foro Boario de Roma por el conquistador de los Volsinos, M. Fulvio Flacco, con ello (1968-1975) pude recomponer los textos epigráficos latinos de los *Elogia Tarquinensia*. Estos *Elogia*, que contienen una serie de pequeñas biografías encomiásticas de personajes del pasado tarquinense, grabadas en latín en la primera época imperial romana, permitieron recuperar la genealogía de una familia, perteneciente a la élite dominante en su apogeo, de la ciudad de Tarquinia y en un momento significativo de la historia etrusca de los siglos V y IV a.C., comprendido entre la partici-

pación etrusca en la expedición de Atenas contra Siracusa en el 415-414 a.C. y el temido *tumultus Etruscus* de las fuentes latinas, o sea, la amenazadora incursión de Tarquinia hasta las puertas de Roma durante la guerra romano-tarquinese del 358-351 a.C. Este filón de estudios aun está abierto para mí investigación. En 1999 publiqué la inscripción de C. Genucius Clepsina, cónsul en el 276 y en el 271 a.C., primer prefecto de una Caere derrotada y transformada por Roma en un *municipium sine suffragio* dentro de una *praefectura*. Clepsina, de remotos orígenes tarquineses, hizo grabar su inscripción en un singular hipogeo con frescos en su interior, construido por él y destinado a formar un santuario de los *Lares Publici* de la 'nueva ciudad' romana, en el cual hasta el tardoimperio romano fueron anotadas con los tizones de las candelas y con las antorchas los registros de las *Rosalia*, fiesta anual dedicada justamente a los Lares. Pocos años más tarde, la excavación de una iglesia rupestre en Tarquinia restituyó una larga *dédica* del arúspice del emperador Tiberio, que permitió reconocer con toda seguridad al famoso Tarquitius Priscus, autor de tratados latinos sobre auspicios etruscos, muy citados hasta la tardoantigüedad. Tarquitius fue también responsable de la transcripción en mármol, incluida entre los *Elogia Tarquinesia*, de la lista y de las *res gestae* de los *magistri* del *ordo LX haruspicum*, los jefes del colegio pan-etrusco que reunía en Tarquinia a estos poderosísimos sacerdotes de toda la Etruria.

Descubrir el papel ideológico dominante ejercido por la religión del mundo clásico, que se configuró como estructura

capaz de organizar las relaciones sociales a través del mito en Grecia y a través del derecho fundado sobre la ritualidad religiosa en Roma, (temas sobre los que he podido escribir más de un libro), ha sido para mí la guía a seguir para numerosas investigaciones sobre el mundo greco-romano, y sobre las civilizaciones etruscas y prerromanas de Italia y de España. Por esto consideré obvio el intento de reconstruir los programas orgánicos figurativos griegos basados en códigos éticos del mito y las tradiciones religiosas, que inspiraron célebres monumentos de la pintura vascular griega, como el "Vaso François" o la decoración escultórica de un gran templo arcaico, como el Heraion en la Foce del Sele, o de analizar los denominados 'relieves históricos romanos' desde la perspectiva jurídica, fundada sobre el ceremonial religioso y sobre la ritualidad de las fórmulas en la base de la mentalidad, tanto de los partícipes del ritual como de los espectadores; en otras palabras, las categorías religiosas y las tradiciones rituales representaban el velo a través del cual los monumentos figurativos se nos presentan; nuestro trabajo consiste en "rimettere sulle gambe" en los mensajes que la antigüedad quiso mostrar a su público, de los cuales a menudo la moderna arqueología, por el contrario, ha modernizado y alterado sus códigos de comunicación y su objetivo persuasivo.

Todo ello, que en clave marxista se llamaría "falsa conciencia", sin embargo, no está limitada en absoluto al mundo de la representación, sino que está en la base de una serie de factores que han influenciado los aspectos más diversos de la

producción humana, objeto de las investigaciones del arqueólogo: entre estos aspectos, tienen un significado fundamental la forma, la función y la posición urbanística de los edificios, una fenomenología intrínsecamente unida a la ideología y al poder, de los cuales se van descifrando los lazos de unión con los aspectos más destacados de la vida colectiva y con los ceremoniales propios de esa cultura. Esta precisa serie de convicciones constituye el esqueleto hermeneútico de una parte relevante de mis trabajos de los últimos treinta años, que han tratado todas las épocas de la antigüedad y muchos aspectos de la documentación arqueológica, desmitificando un gran número de 'lugares comunes' del saber, muchos de los cuales puedo decir con satisfacción que ahora representan puntos de referencia para la investigación seria.

Ha sido así que he podido reconocer el verdadero significado de los *pinakes* de Locri, hasta entonces interpretados en clave espiritual y simbólica, pero en realidad simple "certificación" visual, expresada en un lenguaje llano y directo, de la presentación de los requisitos relacionados con los ritos de paso de las niñas; el mismo éxito han tenido mis investigaciones destinadas a reconocer tipología, función y significado de la decoración de las residencias aristocráticas etruscas y latinas de época arcaica, hasta aquel momento confundidas con los templos. En el otro extremo cronológico de la antigüedad, me gustaría recordar el gran consenso conseguido por mi propuesta, formulada desde las fuentes y desde detalles planimétricos, de otra forma inexplicable, de como pensar

la singular planta con forma de circo de las inmensas basílicas funerarias cristianas, conocidas hasta entonces solo en Roma, entre las cuales figuran iglesias importantes como S. Lorenzo o S. Sebastian, como reproducción intencional (y simbólica) de la planta del Circo Massimo y de los circos romanos en general. Estos tipos edilicios por su articulación con partes ricas en significados simbólicos y escalas colosales, deben ser considerados metáforas vivas del cosmos y del concepto de *Aeternitas*, tan querido a la tardoantigüedad y por tanto deben ser los más apropiados para ser edificios destinados a servir como grandes cementerios.

Como cada uno habrá podido constatar, las elecciones de método y de los diversos ámbitos de la investigación han respondido bien a la índole inquieta y a la curiosidad, a veces devoradora, que han constituido desde la adolescencia el fondo de mi carácter y que me han hecho buscar experiencias en las antípodas de mis intereses usuales. No sé si esto habrá perjudicado a la concentración en mis investigaciones y a la profundidad de mis conquistas; pero de una cosa estoy convencido, y es que sólo combinando – siempre como un sistema y nunca como nociones fragmentarias y desconectadas – las evidencias entre si a veces alejadísimas, guardadas tan celosa como infructuosamente entre los especialistas, solo usando todas las fuentes literarias, epigráficas, arqueológicas y antropológicas disponibles, solo trabajando sobre las iconografías, no con la búsqueda miope y banal sobre los esquemas figurativos, tan queridos a tantos tradicionalistas



aferrados a este filón de estudios, sino a la búsqueda de mensajes figurados no perceptibles a primera vista, como nos han enseñado los ejemplos de Warburg, de Panofski, de Haskell, he podido llegar a donde he llegado. Si he conseguido cualquier resultado positivo, creo que se lo debo a dos cosas, una obtenida involuntariamente, y la otra, por el contrario, escogida de forma consciente y meditada. Me refiero en primer lugar al precioso don de una memoria, por muchos aspectos remarcable, debida a la merced de la Madre Natura, que no siempre es madrastra, como amaba imaginarla Giacomo Leopardi, y que me ha ayudado tantas veces a hacer síntesis también audaces; mi segundo débito va, *last but not least*, a mis convicciones político-filosóficas, que, si han fracasado como profecía apocalíptica, han sido para mí un constante y precioso instrumento de estudio adaptado para conseguir un itinerario excelente en el *iter scopulosum* de la investigación. También si bien esto implica mucho esfuerzo y el riesgo de la generalización, es mi profunda convicción que la arqueología, para dar un salto cualitativo, debe hacer justicia con las microespecializaciones, que ahora pervierten el área de la antigüedad, y debe proponerse como ciencia global, pendiente de buscar el futuro en nuestro pasado, la adscripción a una aproximación realmente interdisciplinar para acceder al verdadero objetivo, punto calificador de nuestra investigación, que es la historia, como nos enseñó Bianchi Bandinelli: y la historia, lección de Benedetto Croce, es siempre historia contemporánea. Desde otro punto de vista, me gustaría recordar

que sólo ha existido una época en la que la Antigüedad fue repensada en clave revolucionaria y fue aquélla de la Francia de 1789, en el nacimiento de la Europa moderna, cuando el gran poeta André Chénier, con una gran inspiración poética y una fuerte esperanza política, escribía el verso, que quisiera poner como epitafio de mis años pasados y como augurio para las nuevas generaciones de estudiosos:

«sur des pensées nouvelles faisons des vers antiques».  
(sobre los pensamientos nuevos se hicieron versos antiguos)

Muchas gracias

**Mario Torelli**